

V – LOS MALES DEL TEATRO

PEQUEÑO TEATRO

No, no me estoy refiriendo a una sala, compañía o productora, ni aquel teatrillo de la calle Magallanes, número 4, creo recordar, en el que pudimos ver cosas admirables y que nos marcaron el gusto por el género, sino de “pequeño teatro”, haciendo referencia a la desafortunada política teatral (estoy básicamente de acuerdo con el artículo del señor Anson del mes de septiembre, en el que hacía mención a este problema), que bascula entre el amiguismo, la parcelación y los pequeños y vulgares alcances. Se está abogando por un teatro pequeñito, de proyección limitada, sin médula, sin nervio, de pobrísima técnica y nula “carpintería”, reducido, en muchos casos, a simples diálogos, de pobreza y vulgaridad de léxico, de nulo pensamiento y casi nulos objetivos, y que hay que subsanar con complicados y carísimos montajes para hacer ver que hay algo. ¿ Y eso por qué? Pues porque se está abogando por un teatro local, completamente circunstancial, de andar por casa, en el que el Ministerio de Cultura ya no es norte ni referencia sino los entes autonómicos, dirigidos más a potenciar un teatro taifal, a premiar al autor doméstico, aunque sea mediocre o decididamente malo, antes que al autor de valía si es que éste es de otro lugar. Entre un buen autor castellano y un mal autor andaluz, el departamento de Cultura de la Junta de Andalucía o el ayuntamiento X de dicha autonomía, por poner un ejemplo, se decantarán por el andaluz, y viceversa. Publicaciones, premios, ayudas, becas, representaciones, se

orientan básicamente o en muy gran medida por criterios locales. El poder cultural no está ya en el Ministerio de Cultura. Este ministerio ya está dinamitado, vacío de contenido. El autor, los autores ya apenas si acuden a él: buscan la autonomía que les ampare. Ya no se va a buscar a los mejores autores nacionales: la partitocracia, hunde la excelencia. Estamos en el terreno del clientelismo político y de la cultura de aldea: hemos retrocedido al medioevo taifal. En gran parte los autores hemos perdido el carácter nacional: ya somos autores de Madrid, Andalucía, Castilla la Mancha, Baleares, extremeños... Todo, por tanto, publicaciones, representaciones, y salas, giran en torno a lo autonómico. Ya hay muchos concursos a los que sólo se puede uno presentar si eres de determinado sitio. ¡Qué pobreza! Y no digamos nada cuando una autonomía más hábil y más dinámica, se come parte del presupuesto general, o cuando, como en el caso de Valencia-Cataluña se lucha por el imperialismo o la independencia en materia lingüística. Es difícil para un autor, actualmente, publicar o representar fuera de su comunidad, y casi imposible llevar sus obras a Cataluña o al País Vasco. Así, mirando el terruño y con una perspectiva tan cercana, no se puede hacer política teatral ni política alguna. Cuando prima lo local, lo autonómico sobre cualquier otra consideración, lo propio sobre lo universal y colectivo, no se puede hacer nada de interés. Tampoco teatro. El teatro es un gran escenario para el mundo, un gran balcón abierto a todas las perspectivas y todos los horizontes, y ese es el teatro que pervive y queda. Los grandes dramaturgos y creadores en general, no han escrito para sus paisanos sino para la humanidad, aunque el idioma sea una barrera bastante condicionante. Pero el teatro se venga y ese teatro que no aporta más que lo meramente coyuntural y episódico, que apenas si alberga sustancia, envejece más rápidamente, no hay género que envejezca más que el teatro, y a la larga y a la corta no es patrimonio de nadie ni de nada. El arte es algo que se caracteriza por romper las barreras del tiempo y el

espacio. Poner límites y parcelaciones locales a un arte tan universal como el teatro, es ponerle la soga al cuello al autor y al teatro mismo.

Y como ejemplo de lo que digo, ahí tenemos el montaje, bastante estimable por cierto, de *Así es (si así os parece)* de Pirandello que se puede ver hasta el 23 de diciembre en el Teatro Valle Inclán de Madrid. Pirandello está ahí, por encima de su tiempo físico, y de su Italia natal. Sí, porque muy poco importa de dónde sea el autor, y menos, que además de italiano, sea de Sicilia, y dentro de Sicilia de la hermosa localidad de Agrigento. Esto es puro episodio. Lo importante es la palabra de Pirandello, viva y permanente todavía; esa palabra y esa enjundia que sobrepasan los límites de su tiempo y de su espacio.

Y por ese camino deberíamos de ir. Pero no vamos. ¡Lástima!

Carmen Resino

En: *la fiera literaria*. Enero 2007, pçags.13 y16